

UNA ESTRELLA FUGAZ

Las primeras marejadas de la guerra sorprendieron a Andrés Viel en París. Acababa de salir de la *Schola Cantorum*, y en los círculos profesionales se envidiaban, es decir, se reconocían sus aptitudes eminentes de director de orquesta. Todo lo poseía el nuevo astro: estatura, autoridad, sobriedad en los ademanes, comprensión amplia, mirada rica en fluido magnético, hasta un carácter a la vez mesurado y audaz, que servía para corregir los posibles extravíos de los diez y ocho años... La orquesta era su pasión, y ante ella se transfiguraba, como si cantase en cada instrumento su propio espíritu. Fué para él una de esas aficiones iniciadas en el albor de la vida, que en lugar de esfumarse luego—espejismo de los sentidos—, arraigan y se fortifican con los años. La música fué su sueño de niño, su novia de hombre. Ni las exhortaciones de su familia ni la escasez de sus recursos pudieron arrancar nada de su tiempo a los estudios musicales para emplearlo en algo más inmediatamente productivo. Estudió solo; los más arduos tratadistas de composición, contrapunto y fuga, los devoró con esa avidez apasionada con que suelen los jóvenes leer las novelas. A veces en los puestos astrosos e ilustres de los muelles pasaba horas de frío descifrando partituras. Nada escapó a su curiosidad; su osadía no se cimentó en la ignorancia; los precursores y los modernistas, de Rameau a Ravel, cabían, hasta se cohonestaban en su criterio... Y cuando en una fiesta patriótica se halló por vez primera ante los cien músicos reunidos, en medio del silencio eléctrico del público; cuando a la orden de su batuta alzaronse los primeros acordes del *Cortejo fúnebre y triunfal*, de Berlioz, comprendió que toda el alma melodiosa de la Patria cabía en la masa anónima, a la cual imponían su mano, su talento y su corazón las normas de un solo sentimiento. Y su emoción fué tal, que hubo de agarrarse al atril para no caer.

Fueron aquellos días para él exaltados y puros. El dolor de la guerra llegaba a su espíritu al través de la niebla dorada de la música, y era, como en la página sinfónica del gran orquestador francés, fúnebre por la sangre vertida, triunfal por esa sangre nuncio de preclaras victorias... También su éxito individual clarificaba su visión: ¿hubiera, sin la redada tendida por la guerra y la muerte en todas las profesiones ejercidas por hombres, ascendido sin pasar una a una las estaciones del calvario, establecidas por la competencia? Excepto los músicos ancianos, los demás habían partido al encuentro de los invasores, y sólo después, cuando su prestigio estaba ya consolidado, regresaron algunos a prestar servicio en las oficinas. Su vida era una embriaguez lúcida en todas las horas: sentíase más vivo, y hasta en el reposo agi-

tábanlo sueños inflamados. Francia, que hasta en los días perentorios comprende que el arte da también fuerzas de cohesión, no dejó enmohecerse a Andrés Viel, y en las misas laicas del civismo le asignó siempre un puesto.

Su familia estaba contenta, contenta... Era hijo único y por su edad se hallaba

a pesar de los datos, Andrés Viel tenía, sin embargo, un temor oscuro, y cuando, pasado el primer terror de París, sucedió la batalla del Marne, regresó el Gobierno de Burdeos y se inmovilizó la contienda junto a las riberas del Aisne, no tuvo sorpresa ni desaliento como algunos. Al entusiasta hervor, a los gritos, al heroísmo

No le dolían las ventajas materiales del triunfo que dejaba detrás, sino su música, su orquesta. Sólo un momento penoso, dos: el dejar la butaca el último concierto que dirigió en *El Trocadero*, y la despedida de sus padres. En el vaivén de la estación, los viejecitos, muy juntos, le parecieron aún más indefensos, y sus ojos se nublaron de lágrimas. Con medio cuerpo fuera de la ventanilla, para prolongar los adioses, oyó por última vez las recomendaciones de su madre, obstinada en creerlo siempre un niño, y el optimismo paternal, inquebrantable hasta en las desdichas.

—Que te cuides... ¿eh? El vaso de aluminio va dentro de la bufanda; acuérdate.

—Sí; sí...

—Y ¡ánimo!... La paz te cogerá en el depósito... Será un poco de ejercicio, y así podrás dirigir luego sin que nadie te diga que eres un *embousqué*.

El tren partió entre vítores. La vida de instrucción se le hizo dura: a veces se le antojaba que para morir o matar no era preciso tal entrenamiento. Antes del mes, ya conocía el manejo de los cañones; con las orejas taponadas y los brazos desnudos, bregaba horas y horas; y por las noches caía rendido en el camastro, y en vez de oír en sueños combinaciones polifónicas y efectos sutiles, dormía con sueño compacto hasta el toque de diana. Su sombra y su inteligencia atraeron la atención de los jefes, y bien pronto tuvo a su cargo la educación de nuevos reclutas. Una tarde el coronel se le acercó y, benévola-

mente, le propuso: —Piden gente para artillería gruesa, ¿quiere usted ir? Siempre es mejor que la de campaña.

—Lo que usted mande, mi coronel.

Dos días después, sin advertir a sus padres, abandonó la ciudad meridional para incorporarse a su batería. En la última etapa hubo de aguardar día y medio, pues el material no había llegado aún. Cuando llegó, partieron en marcha lenta por la carretera, hundida y desorillada del duro tráfico, y bien pronto el campo casi urbanizado quedó detrás, y en torno de ellos árboles hendidos, granjas y casas en escombros, montículos con toscas cruces e inmensas abras impusieron la visión de la guerra. El horizonte anubascado pesaba sobre los ánimos.

Un soldado intentó cantar, y alguien le dijo: «¡Cállate!» De cuando en cuando se desglosaban de la columna destacamentos que iban a ocupar posiciones, y al fin su batería quedó aislada en una meseta, cerca del camino, mientras soldados voluntarios se aventuraron hacia adelante para conectar el teléfono con los puestos de infantería, cuya línea postrera veíase muy lejos, como una móvil hendidura de la tierra.

Sus nuevos compañeros tomaronle en seguida cariño. A menudo llegaban esta-

— LA PINTURA ESPAÑOLA DEL SIGLO XIX —



«CARNAVAL». CUADRO DE EUGENIO LUCAS. (DE LA COLECCIÓN LÁZARO GALDEANO.)

exento de acudir a filas. La guerra se terminaría pronto: seis meses, un año a lo más, y después los viejecitos podrían gustar en paz el bienestar procurado por la celebridad de su hijo... A veces Andrés compartía ese optimismo. Los señores sedudos a quienes oía hablar afirmaban que por ser harto poderosas las potencias opuestas, por el torrente de sangre y de oro necesario para alimentar a Marte cada día, y hasta por el quebranto de las naciones espectadoras, el conflicto no podía prolongarse. Pero sin saber la causa,

altanero, sucedió esa firmeza muda y activa de los pueblos decididos a no cejar ante ninguna contingencia. Ahora guerreaba todo el país: en las trincheras, en las fábricas, en el alma de cada individuo, para engendrar rectificaciones. Los días, siempre rojos de sangre, pasaban, formando semanas, meses, años. La muerte, después de segar las mieses altas, reclamaba las mieses menores; y un día...

Andrés Viel partió. Iba resignado, casi contento de pagar a la Patria su tributo.

fetas al jefe, y luego partían a circular órdenes a las baterías próximas, ocultas en los collados, cara a la planicie... Los cuatro cañones, defendidos de la lluvia por lienzos de lona, parecían muertos; detrás, en abrigos cavados y cubiertos con ramaja, se apilaban las municiones y demás servicios de las piezas. La espera imprimía en los rostros un gesto angustioso, de ansiedad. Puesto que el peligro había de venir, ¿por qué tardaba tanto? Así pasaron cuatro días; al quinto, uno de los soldados dijo en voz alta al pasar cerca del jefe:

—Hoy también vamos a poder dormir a pierna suelta.

El jefe se le quedó mirando y respondió:

—No son esas mis noticias, hijo. Tendremos danza y de las mejores...

Al poco rato sintióse un rumor lejano, y en seguida el teléfono. A una orden breve, cada cual estuvo en su sitio, y, sin apartarse de los auriculares, el jefe dictó algunas cifras. Las lona habían desaparecido, y lentamente los cañones alzaban sus bocas, como perezosos monstruos obligados a encabritarse. De la mancha gris de la llanura surgían de vez en cuando las llamas fugaces y rojizas, y el crepitar de fusiles, ametralladoras y cañones ligeros ahogábase en un rumor más grande y creciente, cuyos ecos multiplicaban las anfractuosidades del monte... Andrés obedecía automáticamente, y sin duda no subió a su rostro todo el estupor de su alma. Llegó al fin el momento. De súbito uno de los cañones se conmovió, hizo temblar la tierra y de su boca salió el exterminio para ir a caer muy lejos; otro cañón disparó también, y los demás lanzaron su trueno de muerte con intervalos regulares. El aire enrarecía-se, vibraba, y un olor acre irritaba las mucosas. A Andrés le pareció que algo se había roto dentro de él; cada una de aquellas voces formidables retumbaban ahora dentro de su cerebro, desgarrándolo. Luego no sintió nada, y excitado por el ardor homicida, ni reparó en que los algodones de los oídos se le humedecían y en que algo tibio le resbalaba por el rostro. Ya era casi de noche. Un aeroplano enemigo vino a colocarse perpendicularmente, y lanzó luego un haz de luces intensas, que descendieron calmamente y dieron al combate el aspecto inusitado de un festín popular. Poco después estallaron cerca proyectiles, cada vez más próximos; los tres cañones aún útiles siguieron tronando, hasta que un obús cayó de ellos, ahondó la tierra, retorció hierros, despedazó vidas y redujo la batería, poco antes humosa y viril, a una quietud trágica...

Cuando Andrés volvió en sí era muy de noche. Estaba bajo un montón de escombros y tenía del pasado un recuerdo confuso. Al querer desasirse, notó en la mano derecha gran dolor; había sido cogida bajo una de las cajas de espoletas. Logró al fin levantarse, y entre la llovizna, sin rumbo, echó a andar. Abajo veíanse aún los fogonazos, mas Andrés nada oía. El dolor de la mano era más vivo cada vez, y esa sensibilidad agudizó también su memoria... Sí; ya recordaba... ¿Qué había sido de sus compañeros? Antes de levantarse tropezó con algo informe y viscoso: una cabeza o un cuerpo tal vez... Sintió de súbito que una mano se posaba en su hombro; pero nada oyó; sus ojos, ya habituados a las tinieblas, percibieron un desesperado gesticular, y entonces, repentinamente, comprendió que aquella rotura interior sentida al comienzo de la batalla eran sus tímpanos, y que ya no oíría más, ¡nunca más! Con rapidez de vértigo pasaron por su recuerdo los días de estudios, los días de esperanza, los días triunfales y los planes futuros, ya imposibles. ¡Estaba sordo, y la mano donde tantas veces sintió sintetizarse su alma pendía ahora sangrienta, adolorida, de seguro in-

útil! En una ilusión del sentido ya muerto, oyó dentro de sí las voces graves de los óboes, la sonoridad sedosa de los violines, las pastoriles flautas, las marciales trompas... Y todo aquello: su vida, la razón única de su inteligencia, había sido abolido de un solo golpe y para siempre. ¿Qué le importaba, pues, vivir? ¿Por qué la guerra, al arrancarle lo mejor de su ser, le dejó la existencia animal, la vida estéril? Recogido en sí, distendidos los músculos y el alma, escuchó aun un momento... ¡Nada! El mundo era mudo para él... El hombre que poco antes le tocaba en el hombro había desaparecido en la sombra; quiso llamarlo, mas no pudo. Las ideas se agitaban, se trastocaban, se desmenuzaban cual si uno de los proyectiles mayores hubiera estallado en su cerebro. Algo se le escapaba, se le escurría... En un postrer claror del pensamiento, antes de apagarse, impelió el ansia de ir hacia las llameantes trincheras para inmolarse allí a la patria lo poco que quedaba de él; y corrió, co-

rrió lanzando alaridos, alaridos que se trocaron al fin en carcajadas, hasta que las piernas se le doblaron, y cayó, con vida todavía, pero sin conciencia.

A la mañana siguiente reía aún. Cuando acudieron los sanitarios, uno de ellos dijo, mientras el médico se acercaba:

—Otro que se ha vuelto loco, doctor... Hay que amputarle el brazo en seguida; la gangrena le sube.

Entre los que se habían acercado con la camilla, uno creyó reconocerlo.

—Es Andrés Viel, el músico.

Y como él seguía riendo, puesta en el rostro antes despierto de inteligencia la máscara estúpida y dolorosa de la locura, el doctor, mientras estrangulaba, pestañeando muy de prisa, dos lágrimas, volvió a decir estas palabras, que ya le habían oído otras veces:

—Debiera estar permitido dar un tiro a los que quedan así... Por humanitarismo... ¡Díganme si a esto puede llamarse un hombre!

A. HERNÁNDEZ CATÁ

IMPRESIONES DE UN LECTOR

VERSO Y PROSA

«La Alondra encandilada»

La Alondra encandilada, libro de versos del mejicano Rafael Lozano, publicado por la Biblioteca Ariel, es un producto juvenil. Ahí está su mayor mérito. Ahí está también la causa de sus defectos. El exquisito poeta Luis G. Urbina, su compatriota, nota en unas bellas páginas de prólogo esa desigualdad.

Rafael Lozano ha recibido el reflejo de la gran poesía de su tiempo; ello indica ya un alma vibrátil, una receptividad sensitiva. No todos pueden ser alondras y encandilarse ante el espejo, centelleante de sol...

Tiene preferencia por las composiciones breves, musicales, especie de *lieder* ofrecidos a nuestra melodía interior e informada. Algunas de ellas aciertan a dar la nota de la imagen resonante, suscitadora de dormidos ecos. «Un beso,—y tú cierras los ojos,—igual que ante un abismo...»

Acaso la mejor de esas poesías es la titulada *Las danzarinas de Delos*, por el acorde entre la música del ritmo, el movimiento descrito y la palabra poética. Recuerda algunas composiciones magistrales de Rubén, en ese aspecto de la poesía que llamáramos propiamente *orquestal*, o sea descriptiva de la danza.

¡Lástima que algunos frecuentes prosaísmos desluzcan su inspiración! ¡Lástima también que ciertas sinéresis, ciertos diptongos violentos y otras incorrecciones empañen la pureza del ritmo! Pondré un ejemplo desgraciadísimo de ambos defectos:

«Ella respondió, accediendo,
que al día siguiente, a las cinco
de la tarde, en el sendero
acostumbrado, nos veríamos.»

Alguno de esos prosaísmos se debe al ripio, como éste, producido por una violenta consonancia con la palabra *dicha*:

«El Destino se apiada y una ficha
nos entregue de más.»

Notemos también alguna inexactitud lamentable.—El año de 1790 no morían los nobles en la guillotina de París.—Y algún galicismo (o mejor trasplante de palabra extranjera) que desentona ásperamente:

«El Caballero de la Mano al Pecho
sorprende por lo puro de la pose.»

También alguna rima falsa en la plas-

mación de un soneto hereditario: así *molusco* con *adusto*. (Prescindo de otras, que son debidas a la prosodia nativa del autor, como *Cortés con tez, o pies con doblez*.)

Pero no todo han de ser reparos. Lozano tiene alma de poeta, y el desarrollo natural de su inspiración le depurará. Sus sonetos plásticos, más todavía el grupo de composiciones titulado *Fraternidad científica*, desbordan generosa unión de belleza sobre las cosas, como un crisma bautismal; ansia de consorcio espiritual entre ellas y el contemplador.

—Perdóneme el poeta que acabe todavía mi crítica con un reparo: cuando dirige la palabra al hermano roble que crece hacia el firmamento, enamorado de una estrella blanca, ¿por qué la acusa de ineficacia? ¿Por qué le incita a renunciar a su anhelo y a extenderse en frondas para dar alivio al hombre? ¿Por qué le recomienda que sea útil, ya que nunca ha de poder llegar hasta la estrella? ¡Esta es moral realista, moral de fábula, moral burguesa! La dignificación está en el esfuerzo, no en el éxito. El roble no alcanzará la estrella; pero su luz le penetrará, y será exaltado por su propia contemplación... ¡Y este sí que es un apólogo fecundo!

«Cantigas»

Joaquín A. Bonet es un poeta asturiano; pero su patria no actúa sobre él como uno de tantos glosadores vernaculares y agrarios, que confunden la nota plebeya del *sermo rusticus* con una forma de belleza vital. Bonet es un versificador aristocrático, que no pierde nunca la voluntad de universalizar la inspiración sugerida por la gran belleza espectacular de su país.

Otro elemento actúa sobre él: la lectura, la herencia clásica, el tesoro literario y pictórico de Castilla. Tiene el sentido del madrigal. Señalemos, al pasar, una influencia evidente de Cetina en su *Galanteo*. Poeta de tradición más que de anhelo creador y profético, Bonet es un perfecto clasicista, un escoliasta de la raza.

La mejor composición del libro, para mí, es la fantasía descriptiva de *Las Posadas*. El tema se adapta a las cualidades poéticas del autor, porque le ofrece una visión reconstructiva y plena de los motivos tradicionales en un medio pinto-

resco y sugestivo, exuberante de color y movimiento.

«Melancolías»

Debo hace tiempo una honrosa anotación al joven poeta Lope Hernández, cuya colección *Melancolías* revela un alma selecta. Preséntalo, en un cariñoso prólogo, Andrés González Blanco.

Quiero señalar en ese librito algunas composiciones; así la dedicada a *La Noche*, cuyo último verso es muy delicado; otra, cuya dedicatoria agradezco profundamente al autor, y que es de nobilísimo tema, y singularmente la que cierra el volumen, titulada *Retrato*, en la cual la sincera subjetividad del asunto presenta en toda su pureza el valor lírico.

Lope Hernández pertenece al ciclo de los poetas románticos, que no se extinguirá jamás.

«Espigas»

Quisiera inscribir una nota, leve y alada, al librito *Espigas*, del peruano Luis de la Jara. Más que estrofas, esas poesías son centelleos, rápidos y fugaces. Algo parecido a los *haikai* japoneses. Algunos despiertan en nosotros el recuerdo de antiguas melodías familiares:

«Borroso el perfil
adorado y lejano...
y un deseo dulce de llorar.»

Sí, sí. «Es Arlequín que canta»—de cis—; pero es también Carducci en *La Chiesa di Polenta*.

«Una soave volontà di pianto
l'anima invade...»

Véase otras notas delicadas:

«El de Asís decía: «Hermano Lobo, hermano Ruiseñor.» Pero ¿dijo «Hermano Hombre», como yo?»

«¿Qué bien le diría
que le amo, si no
existiesen las palabras!»

«¿Soy joven?
¿Y los siglos que vivieron
los otros para mí?»

«¿Que hay otra vida?
Fijate
en que la calavera no tiene ojos...»

«¿Ya vas a llegar!... Y una cumbre
y otra... Ya vas a llegar...
Ya... ¿Y otra cumbre!»

«Estaba todo oscuro... Pero
alcé mi corazón como una antorcha,
y el mundo se hizo claro...»

«El vuelo de la dicha»

He aquí una novela burguesa. No hay en esa afirmación ninguna malicia. Estoy seguro de que el autor se ha propuesto darnos la misma impresión. El señor Díaz Caneja se ha dirigido a un público determinado y concreto, y su designio es muy respetable. Ese sentimentalismo ingenuo tiene en su misma infantilidad un mérito innegable, bien superior a las cualidades extraliterarias de otros autores que buscan por caminos muy distintos el éxito mercantil. Una de las escenas de ese libro, libro de sábado blanco, tiene una conmovedora intención de nobleza. Y este es un valor estético, no sólo un valor ético; porque guarda en su fondo, para muchos espíritus primitivos, el don de lágrimas, que es una oculta confluencia de sensibilidad y voluntad, de bondad y belleza.

Otros volúmenes

Debo también mencionar aquí la tierna elegía familiar *Constanza*, del mejicano Guillermo Jiménez. Y consignar asimismo la recepción del volumen, correcto y academicista, de Francisco Escrivá de Romani, *Pomas maduras*, y la del titulado *La cuesta de la vida*, del argentino Luis Mallol, de quien espero recibir algún envío más sazonado.

Gabriel ALOMAR

VIDAS Y OBRAS TRUNCADAS



UN MONUMENTO A GRANADOS

MANOS fervorosas y fieles van, poco a poco y con atención cordial, sacando a la luz algunas de las obras que el gran Julio Antonio realizó y no pudo ver fijadas en materia definitiva. Cada vez que esto sucede—como en la Exposición del Monumento a los héroes de Tarragona, últimamente celebrada—se admira el público de la fecunda labor, insospechada, que produjo este artista en el breve transcurso de una vida ocupada—al creer de las gentes—por una bohemia genial y turbulenta más que por el trabajo obstinado y firme. Rectifícase entonces el torpe juicio, formulado en vano, y se trueca por hondo entusiasmo hacia quien, rico en talento y de medios escaso, laboró en soledad y silencio, sin hallar eco ni estímulo mas que en reducido grupo de íntimos.

Falto, pues, de esa eficaz reacción, que hubiera necesitado despertar en los demás, sólo vió completamente logradas las obras que requerían menos coste (bustos, alguna estatua); pero no pudo llevar a cabo ninguno de los grandiosos monumentos que, esperanzado, concibió. Después de su muerte, han sido fundidos o tallados en piedra y mármol el monumento a Goya, en Fuendetodos; el de los Héroes de la Independencia, que será erigido en Tarragona, y el que se levantó a Chapí en el Retiro, a propósito del cual hay que advertir que está perjudicado por un emplazamiento poco feliz y una mezquina jardinería accesoria, que le hace parecer estrecho y descarnado en su base, como si hubiese descendido la marea de verdura que le rodea, de su nivel suficiente. Esto, unido a que las figuras están tratadas para lugar menos desamparado (el pórtico de un teatro, por ejemplo), contribuye a que este monumento no sea quizá plenamente gustado por la mayoría de aquellos que ante él se detienen.

Como la estatua de *Lagartijo*, que había de ser erigida en Córdoba, quedó también en suspenso la magnífica de *Wagner*, cuya patética historia hemos de referir. Ejecutó Julio Antonio, por encargo de la *Sociedad Wagneriana*, esta figura, a su tamaño definitivo (ocho metros de altura sobre el pedestal), para ser fundida y más tarde enclavada en el Parque del Oeste; mas circunstancias adversas vinieron a demorar tanto el momento de la fundición, que el autor vió cómo el gigante de barro, que ocupaba su taller, empezaba a resecarse y desmoronarse luego, hasta que, no pudiendo detener por más tiempo el derrumbamiento, tuvo que facilitarlo a golpes de su propio martillo. Se conserva, por fortuna, un bronce de tamaño reducido, que sugiere al contemplador las más interesantes analogías con otras obras maestras. Si lo comparamos con el *Beethoven* de Max Klinger—de actitud y composición semejantes—, hemos de reconocer la superioridad de la obra de nuestro escultor. Más sobria, enérgica y fina, no estorba en ella adorno ni detalle alguno, como sucede en aquella. Falta el águila que mira a Beethoven, por ejemplo, y la propia cabeza de Wagner, marcadamente angulosa, fuerte (como el autorretrato de Mestrovic) y cubierta de estilizada pluma, evoca ventajosamente, por su estructura aguileña, el símbolo apetecido, constituyendo justo y capital remate a la hermosa figura, que parece escrutar el océano melódico desde la tante proa de un buque fantasma.

Pero, al morir Julio Antonio, quedaba en estudio la parte más dolorosa de

su labor, la que no pudo terminar, esparcida en esbozos y diseños. Así la *maquette del Faro espiritual*—que su autor destinaba al centro geográfico de España—, compuesta por un pedestal, nacido de la roca y ornado de relieves, sobre el cual se levanta un obelisco (en cuya parte superior un carillón entonaría el *Himno de la Raza*), terminado por la figura dorada de *El esfuerzo*, que coronándose a sí mismo, surge en pie entre las arrodilladas figuras de dos musas fecundadas, símbolo, para el poeta, de la no interrumpida producción. Así también los bocetos (en colaboración) para los monumentos al *Quijote* y a *América* y para el grupo funerario *El minero muerto*, que hubiera sido trágico compañero del *Grisú* de Meunier. Ideaba, además, Julio Antonio, otros monumentos de imposible realización hoy: el de *Los poetas* (sobre una colina, una escalinata y un pórtico

de piedra, conducen al templo, formado por cipreses, que guarda los bustos de los vates); el de *Rubén Darío*, etc.

Repasando la serie de dibujos que ha dejado, es como mejor se advierte la interesante evolución que siguió su arte. Es la primera época de laborioso aprendizaje y estudio, de minucioso análisis para poder asimilarse el natural y adquirir la previa maestría, necesaria a toda creación. Refléjase este período en dibujos realistas, apretados y duros, que delatan las dificultades con que el artista se atormenta, ávido de dominar los elementos más rebeldes. No hay todavía una visión nueva, peculiar; la originalidad personal se acusa en la técnica más que en la interpretación estética, propiamente dicha. Hay que considerar que muchos elegidos (Velázquez, Manet, etcétera) apenas rebasaron la primera parte de esta trayectoria, que Julio An-

tonio describió plenamente. Vemos, en efecto, cómo en sus últimos dibujos deja ya creada esa típica teoría de seres extrahumanos, que sólo el genio aporta a la vida para impulsar a los hombres hacia su depuración, ofreciéndoles arquetipos que señalen el camino.

Aunque bastará lo dicho a mostrar la fecundidad genial de nuestro artista, podríamos continuar la enumeración de proyectos e ideas; pero queremos hoy fijar especialmente la atención sobre uno: el *Monumento a Granados*; mejor dicho, la bella colección de dibujos, en la cual Julio Antonio, huyendo de lo anecdótico y personal, proyectaba conmemorar el recuerdo de las víctimas indefensas de la guerra submarina. Las figuras de las viudas, planifieras y orantes; los marineros, los ahogados, los hijos, niños todavía, que, ante la resignada desolación de las madres, se aprestan a la venganza..., son los principales motivos que pensaba desarrollar el artista en el friso de este monumento elegiaco de dolorosa serenidad.

Enrique Granados tiene con Julio Antonio patéticos puntos de contacto. Fué un temperamento vibrante, que anduvo también preocupado por hallar los elementos esencialmente hispanos que había de llevar a su arte, tras un esfuerzo obstinado, con apariencia de facilidad e inconstancia. «Era un hombre alegremente laborioso», dice un biógrafo (Bolladares Ibern); para él no era el trabajo castigo ingrato, sino fecunda recreación. Palabras que pueden ser aplicadas a Julio Antonio, que dedicaba largas horas de labor a su arte, olvidado de estimaciones y recompensas.

Murieron ambos cuando traían recién cortados los fragantes brazos de un lauro que se había hecho esperar demasiado. Regresaba Granados del estreno de *Goyescas*, cuando el mar le rodeó, como una música, y sumiéndole en su densa armonía cambió la ruta de aquel viaje del que había sentido no volver. Julio Antonio murió al terminar el *Sepulcro*, que le consagró, con un clamor, definitivamente. Recordemos aquella obra magnífica—trazada sobre una cruz, como las catedrales—, en la cual se alzaba, a la cabecera del joven muerto, una madre, de hinojos, crucificada en su propia amargura, implorante, extática, como si hubiera muerto en oración, quedando petrificada como San Pedro el Ermitaño, de quien dice San Jerónimo que «el cadáver del Santo, con esta humilde actitud, continuaba orando a Dios». Bajo esa figura de la madre, que era como el ángel de alas plegadas de la barca—la cuna—que conduce a la muerte, Julio Antonio había grabado (en la *maquette*, rodeando el pedestal), las clásicas palabras «Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir».

No tuvo tiempo de llevarlas al mármol. La corriente arrastraba su propia barca, que la Mano, de arcanos designios, desató nuevamente...

Mas ¿hemos de rebelarnos ante la interrupción de estas vidas como ante una injusticia? «Los poetas—dice el angustioso Hamlet ginebrino en su *Diario*—retiran a sus héroes lo más pronto posible de la lucha, y no les arrastran, después de la victoria, en la corriente de los días ingratos.» Y nosotros habremos de respetar la ruta que a estas vidas marca el Poeta y que, misteriosa e ignota, es acaso menos dolorosa que la nuestra.

Antonio MARICHALAR



DIBUJO PARA UNO DE LOS FRISOS DEL MONUMENTO

LOS POETAS NUEVOS

La carretera blanca

Carretera blanca de mi pueblo. Lento
caminar del coche por sus curvaturas.
Carretera hecha para el sol y el viento
y para el olvido de mis amarguras.

Yo siempre que viajo voy en el pescante,
enfermo de sueños y misantropía,
con los ojos fijos en lo más distante,
buscando el camino del próximo día.

Y las horas pasan y el coche camina.
En el mar navegan los blancos veleros;
el sol en los montes lejanos declina,
y mi alma va siempre por otros senderos.

Es la carretera para mí un camino
por donde viajo con el corazón,
al par que en lo ignoto soy un peregrino
que lleva en sus alas la imaginación.

Llenan la campiña árboles frutales;
bajo sus ramajes se escucha una voz,
y las amapolas entre los trigales
parecen las huellas de un delito atroz.

Ladran los mastines de viejos pastores,
y el alma recoge sus dulces ladridos,
que para su amable ternura son flores,
rumores de fuentes y cantos de nidos.

¡Casas de la orilla de la carretera,
de techos bermejos y puertas cerradas,
tenéis el cariño de mi alma viajera
oculto en el polvo de vuestras fachadas!

¿No hay una muchacha, bella y ruborosa,
que se asome al marco de vuestras ventanas,
cuando es oro el cielo y es la tarde rosa
y en los corazones hay son de campanas?

¿Qué viajero extraño la suerte ha tenido
de escuchar un canto tras esa vidriera,
en cuyos cristales el polvo ha vencido
a todas las brisas de la primavera?

¿Qué sol, de qué día, de qué mes del año,
penetró en el fondo de esas casas viejas,
que en silencio dicen historias de antaño,
que guardan sus largas techumbres bermejas?

...Los caballos trotan arrastrando el coche.
Mis ojos se pierden en la lejanía;
los montes azules anuncian la noche,
y en el alma brota la melancolía.

Los árboles verdes se quejan al viento.
El mar torna oscuro su azul cristalino.
¡Mi corazón tiembla, y mi pensamiento
recoge el encanto que hay en el camino!...

Fernando GONZALEZ

Amanecer

Y se clavó mi mano en el vacío
buscando lo que no encontré.

La luna
iba borrando estrellas en el cielo,
iba borrando estrellas en mi sombra,
iba borrando estrellas en mi sino.

Y mi palabra se quedó en el aire
como una brizna quieta, suspendida
por dos vientos contrarios.

El silencio
iba cortando rosas en los campos,
iba cortando rosas en mi alma,
iba cortando rosas en mi vida.

Y se hundió mi sollozo en mi garganta
como un tímido onagro que del bosque
saliera temeroso y se asustase
de su sombra en el sol.

Y el sol, cayendo,
iba borrando sombras en la tierra,
iba borrando sombras en mi noche,
iba borrando sombras en mi angustia.

Rogelio BUENDIA

Caricatura

¡Yo te amaba, Mimí, yo te amaba! Tú eras
mi exaltación romántica, mi ilusión y mi amor.
Eran veinte rosales mis veinte primaveras,
y tú el azul radiante de mi parque interior.

Esbelta, rubia y frágil, eras como el emblema
de un mañana glorioso, quimérico y divino,
y tu gracia fluía en el claro poema
remoto, bello y loco, de mi Barrio Latino.

Han pasado unos años. No ha vencido el poeta...
Tú eres esa damita rancia, honesta y discreta,
que contempla la calle detrás de un mirador,

en tanto yo, el romántico, el poeta incipiente,
ese hombre lamentable que cotidianamente
va anotando partidas en un libro Mayor...

Aníbal DIAZ

Buby es un goloso

MAMÁ. ¡Una perita en dulce! — suplicó Buby.

—¡Por Dios, Buby; tú estás loco! — exclamó mamá sofocadísima.

Y añadió dirigiéndose a toda la mesa: —Asusta pensar lo que hoy ha comido este niño. Que si pasteles, que si dulces, que si bombones, que si chocolate con bizcochos. ¡Y todavía pide más!

Pero Buby seguía suplicando con el tono lastimero de un mendigo que no ha comido en ocho días.

—¡Nada más que una perita, maminal! Esa chiquitina, que tiene mucha azúcar y el rabito tan mono!

¿Existe un medio humano de negar una cosa cuando se pide así y cuando el que la pide es Buby en el día de su santo? Mamá por lo menos no conocía ese medio, y, después de elevar al techo una mirada desesperada, otorgó la perita, con rabito y todo.

Al levantarse de la mesa, ¡vergüenza me da confesarlo!, Buby se sentía algo pesadote; se fué a la cama y se durmió sin tener ni el valor de volver a pasar revista a los regalos ofrecidos por toda la familia en aquel día memorable.

No bien llevaba unos minutos dormido, oyó una vocécita que le llamaba muy quedo: «¡Buby! ¡Buby!» Al pronto creyó que sería Nena, su hermanita, que habría bajado de su cuna para comunicarle que

«tenía miedo», que «estaba muy oscuro el cuarto», que había oído «un ruido raro» o cualquier tontería de esas que tienen las niñas de siete años y de las que son incapaces los caballeros de ocho.

Pero, no; no era Nena; y Buby quedó asombrado al ver sobre su cama una sorprendente aparición: era una señorita del tamaño de un dedo meñique y de lo más singular del mundo; figuraos que su hermosa cabellera rubia estaba hecha de huevo hilado, sus lindos ojos oscuros eran sencillamente dos bombones de chocolate, una cereza su boquita roja, dos helados de fresa sus sonrosadas mejillas, piñoncitos en azúcar sus dientes y un grano de anís en dulce su naricilla respingona; en sus manos, de carne de membrillo, llevaba un cetro formado por un caramelo de los Alpes, con un puño hecho con una almendra de Alcalá; lucía un lujoso manto de mazapán y, sobre la cabeza, un alto gorro formado por un merengue microscópico.

Mientras que Buby la contemplaba abriendo mucho los ojos... y la boca más todavía, la señorita habló con voz más dulce que una mermelada:

—Soy el hada Golosina, y vengo a buscarte para llevarte a mi isla.

Buby no tenía muchas ganas de salir de su camita, bien caliente, para irse a ninguna isla del mundo; pero el hada no

le pidió su opinión; le tocó con su varita; Buby sintió un ligero mareo y cerró los ojos; cuando los abrió, se hallaba en compañía del hada en un lugar maravilloso.

Solamente, si alguno de vosotros ha hecho algún viaje a Jauja, podrá imaginarse lo bella y, sobre todo, lo sabrosa que resultaba la isla de la Golosina. Buby se disponía a regalarse los ojos antes de regalarse el paladar; pero su compañera no le dejó tiempo para ello.

—No te he traído aquí para pasar el rato—dijo—, sino para someterte a una prueba importante. Puedes recorrer la isla en todos los sentidos, mirar y admirar todas las maravillas que encierra; pero te prohíbo terminantemente tocar nada. Te voy a dar el único alimento que te corresponde en mi isla; cuando lo comas, será reemplazado por otro idéntico. Yo me voy; si me desobedeces en lo más mínimo, serás apresado por mis súbditos y juzgado por mi hermana, que gobierna la isla en mi ausencia.

Le puso algo en la mano y desapareció. Buby miró, lleno de curiosidad. Aquel alimento eterno que le correspondía en la isla de la Golosina debía de ser algún dulce de un sabor raro y exquisito. Quedó aterrado: el regalo del hada consistía en un pedazo de pan duro.

El primer movimiento de Buby fué de rabia; el segundo, de tentación de desaparecer. (¿Estar rodeado de los manjares más dulces y sabrosos del mundo y comer pan duro? ¡Ni que fuera tonto!) El tercero fué de desesperación. (¿Incurrir en el castigo de la soberana misteriosa de la isla? ¡Era muy expuesto!) Como todavía no tenía mucha hambre, Buby se dedicó primero a recorrer la isla; en su vida soñó él (no había ido nunca a Jauja) con un país tan extraordinario.

Los árboles eran de chocolate y sus frutas estaban escarchadas; las casas eran de turrónes diversos: las más modestas, de turrón de coco o de Jijona; las más lujosas, de turrón duro o de frutas; los ríos eran de natillas; cuando llovía caía almíbar, y cuando nevaba, azúcar; el empedrado era de caramelo, y así por el estilo lo demás.

Sin duda fué debido a la vista de tantas buenas cosas; el hecho es que le entró a Buby un apetito canibalesco; en aquel momento se hallaba junto a un poste de telégrafos de mazapán, y poco faltó para que le hincase el diente y le quitase un pedacito; se detuvo a tiempo y, gimiendo y suspirando, se comió el pan duro, que reblandeció con algunas lágrimas. Al punto apareció en su mano otro pedazo de pan igual al primero.

Después de su frugal comida, Buby siguió andando, y llegó al cabo de un momento ante un estanque de natillas; sus pies se hundían en el barro de chocolate; debido, sin duda, a la suave fragancia de vainilla y de canela, Buby sintió que el apetito se le despertaba de nuevo. ¿Qué no hubiera dado él por mojar su pan duro en el estanque o en el barro? Pero no se atrevió; miga a miga se lo fué comiendo, y dando media vuelta prosiguió su paseo.

Ya cansado de tantas emociones, se tumbó al pie de un árbol y se quedó dormido; cuando se despertó, no sé si por efecto del sueño o si porque el aire de aquella isla fuese un aperitivo poderoso, el hecho es que se sintió el estómago vacío; precisamente delante de él, tocando casi la punta de su nariz, colgaba del ár-



bol «una perita en dulce, una perita con mucha azúcar y con un rabito muy mono». ¿Dónde había visto él una perita semejante?

Pero no se lo preguntó dos veces; la tentación esta vez era demasiado fuerte. Buby adelantó el pico y, ¡ham!, de un bocado se zampó la tentadora perita.

En el mismo momento ocurrió una cosa terrible: un ruido espantoso hizo temblar la isla de la Golosina; la tierra se abrió, y Buby vió surgir y avanzar hacia él el regimiento más fantástico que pueda imaginarse.

Aquel regimiento estaba compuesto por alimentos vivos y animados; había un escuadrón de pasteles, bollos y panecillos, en el que dominaban los extranjeros: rusos, suizos, mejicanos, etc... Un escuadrón de bizcochos, en el que muchos iban borrachos y haciendo zigzags; un escuadrón de legumbres, cuya disciplina era bastante defectuosa, porque era mandado por calabazas; no más que este último valía el escuadrón de las frutas, mandado por unos cuantos melones; el de los panecillos, donde había soldados que habían venido de todos los países de Europa—los había de París, otros de Viena, otros de Dresde—, era mandado por un capitán largo y por un teniente rajado; también había un escuadrón de merengues, otro de bombones, etc., etc...

El regimiento entero era capitaneado por un tarro de dulce de albaricoque, tripudo y rechoncho, que se daba mucho tono y tenía el grado de generalísimo.

El tarro de dulce de albaricoque gritó: «¡Alto!» Y todo el regimiento se detuvo como un solo hombre. Entonces el generalísimo ordenó a sus capitanes que se apoderasen del prisionero y le condujesen ante su majestad la reina interina.

Buby estaba más muerto que vivo; mientras se lo llevaban, maniatado con cabellos de ángel, intentaba tranquilizarse pensando que la hermana de la monísima Golosina no podía por menos



de ser tan linda y sabrosa como era ella. En medio de los gritos y las vociferaciones de todo el regimiento, Buby fué conducido al palacio real, que era un soberbio edificio de turrón de Alicante, con torreones de guirache, techo de mazapán y balcones con molduras de «chantilly».

Allí le esperaba una terrible decepción: la hermana de Golosina, que le recibió en la sala de audiencias del palacio, no tenía, ¡ay!, nada común con ella; era una mujer horriblemente seca, amarillenta, verdosa, angulosa y biliosa; aunque nunca la viera tan cerca, Buby la reconoció en seguida, y sintió un escalofrío de terror. ¡Era la bruja Indigestión!

Detrás de ella se hallaba la madre de las dos hermanas, la princesa Gula, una vieja gorda, coloradota, apoplética, con ojos saltones y estúpidos, colores de borracha, boca de rana y una enorme barbilla triple, que le caía hasta el tallo. La princesa se hallaba, como siempre, medio dormida y no tomó cartas en el asunto.

El regimiento de alimentos empujó al prisionero hasta el trono y le rodeó, vociferando a más y mejor.

—¡No nos deja vivir!—gritaban los pastores.

—¡Siempre anda detrás de nosotros!—gritaban los bizcochos.

—¡Es una verdadera persecución!—afirmaban los bombones.

Los más moderados eran el batallón de los panecillos y el de las legumbres; en cambio, el de las frutas escarchadas estaba sublevado por la indignación y el deseo de venganza.

—¡Si es que yo os quería mucho!—protestaba Buby, llorando a lágrima viva.

—¡Hay carniños que matan!—declaró cierta perita en dulce que estaba hecha una fiera.

La reina Indigestión impuso silencio, mandó acercarse al tarro de dulce de albaricoque, generalísimo del ejército, y ordenó con su voz de vinagre:

—Condeno al prisionero a muerte; que el teniente Espárrago, del escuadrón de las legumbres, le atraviese de parte a parte.

Entonces el teniente Espárrago avanzó; era horriblemente delgado y vestía pantalones blancos y túnica verde; su cráneo era puntiagudo; cobró impulso y se precipitó hacia el pobre Buby, con la cabeza baja; el desdichado sintió en el estómago un golpe terrible; lanzó un grito agudo, y...

... Y abrió los ojos. Se hallaba en su cama; era de día; mamá y mademoiselle, atraídas por el grito, acudían. Al pronto, Buby creyó haber sido objeto de una pesadilla; pero, no; todo debía de ser real, pues así lo probaba el dolor de estómago que le había dejado la acometida del teniente Espárrago. Sin duda, en el momento supremo, el hada Golosina había ido a librarle de las garras de su hermana, llevándole a su casa.

—¡Ay, mamá!—gimió Buby—, ¡cómo me duele la tripa! Es la Indigestión que...

—¿Tienes una indigestión?—dijo mamá—, ¡No me sorprende!

—¡Que no! Si es que la Golosina...

—¡Sí; ya lo sé que la culpa la tiene tu golosina!

—¡Si no es eso! Si es que la perita en dulce...

—¿No te decía yo que no debías comértela?

—¡Pero, mamá, si no me comprendes!—exclamó Buby, impacientado; el que me ha hecho daño ha sido el Espárrago...

—¿Qué dices, Buby? ¡Si tú no comiste ayer espárragos!

Buby se encogió de hombros y renunció a hacerse comprender; además, no parecía que mamá necesitase explicaciones para sacar la moraleja de la aventura.

—Todo esto tiene un remedio muy sencillo: una buena cucharada de aceite de ricino.

La nariz de Buby se alargó considerablemente. ¡Bien seguro estaba él ahora de que no se trataba de una pesadilla,

puesto que hasta en su cama le perseguían la venganza de la perita en dulce y la crueldad de la reina-bruja Indigestión!

Magda DONATO

Dibujos de BARTOLOZZI.

LA NUEVA DANZA MACABRA

Aventuras de un muerto

No necesitaba consuelo el bueno de don Genaro. El era un moribundo consciente de sus deberes y, además, sabía a qué atenerse en cuanto al grave asunto del más allá. «Sí—pensaba—; gracias a Dios, uno ha tenido medios, curiosidad y retentiva, y ahora, en esto que llaman amargo tránsito, sabe lo que hay. Yo no soy un moribundo vulgar. Estoy en la agonía. Dentro de breves instantes vendrá un sacerdote a administrarme el Viático y la Extremaunción. Me doy cuenta de ello y, sin embargo, estoy tranquilo. Bien, don Genaro; te felicito».

Tentado estuvo de sonreír a su serenidad como a un amigo. Pero se contuvo. «No; nada de tonterías. El caso es grave y hay que guardar compostura. Un poco de serenidad, amigo mío».

Frunció el ceño; pero esto no le pareció natural, y quedó serio, estirado, digno.

«Tú sabes que hay quien asegura que las almas transmigran. Muy bien. Tú sabes que hay quien asegura que los espíritus vuelven a la vida, encarnan nuevamente. Excelente idea. No ignoras que la religión afirma que se va a la gloria, al infierno o al purgatorio. Exacto. Además, has leído que hay quien imagina que todo muere, que todo acaba con el último estremecimiento. Para morir, ya sabes demasiado. Ya sabes a qué atenerse. Pues nada, a morir como quien está en el secreto.»

Se murió don Genaro.

—Ha muerto como un santo—decían los que habían tenido ocasión de ver su última y plácida sonrisa.

Como un santo, la verdad, no. Solamente como el que sabe lo que va a pasar después.

Se murió don Genaro, y su espíritu, al abandonar el cuerpo, amarillucho y rígido, se encontró en una región desconocida.

—Tate—se dijo—. Ya estoy en el otro mundo.

Le rodeaban infinidad de espíritus tan turbados y confusos, que no se daban cuenta de nada. Giraban en rededor unos de otros, ascendían, se aplastaban, iban de aquí allá sin propósito, sin finalidad alguna.

Don Genaro los contempló con lástima.

—No saben nada de nada. Si yo les pudiera ilustrar...

Pero no sabía cómo hacerlo, al encontrarse sin su cuerpo material.

—No soy mas que un alma—se dijo.

Miró en torno suyo a ver si daba con el ángel o el demonio que hubiera de guiarle. Nada. No había nadie.

—Esperaré. Acaso me haya muerto demasiado pronto.

Se impacientaba.

—¡Caramba, no viene nadie! Entonces eso de la gloria... ¡Si lo supieran los hombres!...

Quedó pensativo. ¿Qué hacer, qué camino seguir? Grave la situación. Muy grave. ¿Transmigraba? ¿Encarnaba? Porque aquello de que todo muere... ¡Una filfa!

Se quiso rascar el cogote, pero no lo encontró. Se quiso ver, y no vio mas que una sombra.

—Malo. Esto me da muy mala espina.

Aquí estoy sin saber qué hacer y sin tabaco.

Se hizo la ilusión de que cruzaba las manos a la espalda y, lleno de preocupación, se dio un paseo.

—Si transmigro me expongo a ir hacia atrás. Si encarno, me expongo a no ir a ninguna parte. Y aquí, ¿qué hago? ¿Para esto se muere una persona seria? Muy grave, don Genaro, muy grave la situación.

Aún miró a un lado y a otro por si había llegado el ángel o el demonio. Nadie. Sólo aquellos espíritus como él, confusos, aturridos, dispuestos a hacer cola detrás del primero que se decidiese a algo.

Distraído, se estuvo buscando la petaca con ahinco.

—Pero, ¿dónde estoy? ¿Será el limbo? Deseché la idea por absurda.

—En fin, veamos qué hay por aquí.

Empezó a descender, pero sintió miedo. «No sea que me meta en el infierno». Ascendió, pero todo estaba en tinieblas. «Soy un globo en un túnel». Quedó quieto. «Aquí, lo mejor es volver al punto de partida. Si no encuentro solución por el camino, me pongo mi cuerpo y a esperar».

Llegó al cementerio y comenzó a leer en los nichos: «Doña Concha... Don Antonio... El niño... Don Genaro...»

—¡Aquí!

Ya se iba a filtrar por la pared—¡cómo se acordó del Comendador!—cuando se le vino a la memoria un callo que tenía en el pie derecho y que le martirizaba aviesamente.

—No. Sería una sandez cargar con el callo. Ya que puedo elegir, me pondré un cuerpo sano y fuerte.

Volvió a leer en los nichos: «A los sesenta y cuatro años de edad... A los treinta y tres... A los veintidós...»

—¡Este!

Se filtró. Era un cuerpo fuerte, magnífico, una verdadera ganga. Y sano. Había muerto bajo un automóvil.

Se lo puso. Empujó la lápida. Se arrastró un poco y, ¡pum!, saltó afuera.

—Bien. Esperaré aquí metido.

Pero de pronto notó algo anormal. No discurría bien. Tanteó el cerebro. ¡Malo! Apenas funcionaba.

—Tendré que estudiar de nuevo, porque...

Se le desvaneció la idea y en su lugar apareció un nombre: «La Colasa». Y a poco otro: «Don José Pérez y Pérez, capitán de la segunda del cuarto montado». Y en seguida:

... mi amor, mi solo afán, mi triunfador,
es mi hombre.

Por un resquicio de *aquello* entró una ráfaga de su verdadero pensamiento.

—¡Horrible! Soy un asistente.

Pero en seguida se le borró el pensamiento y empezó a cantar:

... no es gentil,
no es genial,
no es un hombre espiritual,
mas le adoro.

Y otra vez, por una rendijita de aquella mampostería que funcionaba encima de los hombros, irradió su idea.

—Entonces, ¿estoy vivo o muerto? ¿Y mis teorías? ¿Qué es la muerte, ¿Es que...?

Pero no pudo acabar. La cancioncilla se le vino a los labios como si fuese saliba.

... que voy hacer
si soy mujer
y sé querer.

De los periódicos:

«Suceso extraño. — Nicasio González, mas asistente del bizarro capitán de artillería T. D. José Pérez y Pérez, falleció y fué enterrado el día 15 del presente mes. Ayer, grave día 18, se presentó en casa del citado capitán un mozo en todo semejante al muerto, que aseguraba ser el asistente fallecido. En la imposibilidad de hacerle comprender su absurda obcecación, y ante sus gritos y lágrimas, que produjeron un verdadero escándalo, fué detenido y llevado a la Comisaría del distrito.

Se trata de un loco o de un chusco que ha querido burlarse del digno y bizarro militar.

De todos modos, la absoluta semejanza con el muerto nos hace pensar en un cuento de Edgar Poe.»

Cuando don Genaro, el espíritu de don Genaro, se vió encerrado en el calabozo de la Comisaría, sintió un profundo consuelo. El cerebro del asistente se llenaba de la imagen voluptuosa de la Colasa, y apenas si, por el resquicio que dejaban aquellas fantasías y recuerdos tan poco honestos, podía él discurrir acerca de su extraña situación.

—Yo sabía muchas cosas—pensaba—, no era una gloria nacional; pero sabía algo. Al vestirme este cuerpo, he retrocedido. Aún soy don Genaro. Si continúo en este cuerpo, retrocederé hasta el asistente.

El torpe cerebro evocó con tal intensidad el paisaje de su aldea, que don Genaro no pudo continuar. Veía altas montañas y, en el valle, el caserío terroso del pueblo. Veía el río discurriendo esesadamente entre las filas de álamos y sauces, y las vacas, dulces, lentas, apaciguadas en los prados verdes. El cerebro se turbó con los recuerdos, y esta debilidad fué aprovechada por don Genaro.

—Puedo suicidarme a éste y salir fuera otra vez. Pero me encontraré con el mismo problema de antes. Después de todo, entre ser asistente y ser un espíritu vagabundo, es preferible lo último.

El cerebro volvió a evocar la imagen exuberante y risueña de la Colasa. Don Genaro era amigo personal de las mujeres gruesas. Se decidió.

Empezó a intrigar con el cerebro. Lo soliviantó, lo azuzó, puso ante sus ojos la idea del suicidio. La Colasa, una coqueta, la tierra lejana, el castigo del trabajo. La milicia, un tormento. Nada como el descanso, como la muerte.

El asistente desató el cordel con que se sujetaba los pantalones. Lo anudó al cuello por una punta, y por otra al barrilete de una reja. Se dejó caer...

—¡Uff!... Ya estoy libre—se dijo don Genaro cuando se vió fuera de aquel cuerpo. Luego salió por la ventana y respiró el aire de la libertad.

Paseó por las calles, corrió por los aleros de los tejados, se dejó arrollar por un «auto». ¡Nada! Era inmortal, ingravido, invisible. ¿Invisible? Se le ocurrieron tantas marrullerías, que acabó sonriendo.

—Esto es una ganga. He aquí el verdadero destino.

Hizo como que se frotaba las manos y se fué por el mundo dispuesto a divertirse.

Banderita, tú eres roja;
banderita, tú eres gualda...

Nadie dió importancia al suicidio del asistente. Y, sin embargo...

Por tan extraños modos encuentra a veces el alma su camino.

F. MARTINEZ-CORBALAN

LECTURAS

La esclavitud moderna, por Miguel Sastre Sanna.—En su último libro, después de un bien pensado prólogo del señor Ossorio Gallardo, nos da el Sr. Sastre Sanna varios artículos, en que, con precisión y claridad, examina varios temas de la cuestión social.

Trata del individualismo y sus errores, del capitalismo y sus excesos; señala la grave responsabilidad patronal y la de los hombres de Estado, y termina presentando una copiosa relación de los «sabotajes» y actos criminales cometidos en Barcelona desde 1921.

Sensaciones de Oriente, por José Antonio Román.—Es un libro de viajes, en que se solicita con arte la curiosidad del lector y hay relatos trazados con vivo y fácil estilo y colores brillantes, cual corresponde a los países de donde el literato tomó sus bellos cuadros.

El movimiento V. P. (Novela), por Cansinos Assens. (Editorial Mundo Latino.) La nueva producción del originalísimo

escritor es de una idealidad muy sugestiva, y en ella, de igual modo que en las anteriores, muestra audaz y galana imaginación y robusto entendimiento. La modernidad de su estilo y la inventiva de sus obras, dan cada día a la labor de Cansinos Assens más personal carácter.

La corbata celeste, por Hugo West. (Editorial Boyardo, Buenos Aires).—Este admirable novelista, perspicaz observador, narrador de fácil y pintoresca literatura, entretiene en *La corbata celeste* la realidad con el más noble idealismo, y el argumento de la obra es tan entretenido como original.

El comunismo de las Misiones, por Blas Garay. (Biblioteca paraguaya del Centro de Estudiantes de Derecho).—La obra de la Compañía de Jesús en el Paraguay es asunto harto complejo y que da tema permanente a muy laboriosos estudios, a veces imbuídos de los prejuicios pasionales que marca la antigua y enconada disidencia entre partidarios y adversarios de la famosa Compañía.

Digamos de este libro, sin entrar en su fondo, cuyo examen no cabe en los estre-

chos límites de un registro bibliográfico, que su autor se muestra en él como uno de los más correctos y galanos cultivadores de las letras castellanas en América.

El arte de agradar, por la condesa Araceli de la Sierra.—Desde la publicación de las «Cartas de Lord Cheterfield a su hijo Felipe Estanope», muy famosas en otro tiempo, pocos libros han aparecido, dedicados a instruir en el trato social, que aventajen a éste, del cual acaba de salir a luz la tercera edición. Siguiendo el consejo del maestro latino, da la enseñanza en forma tan amena, que resulta un convincente ejemplo del arte de agradar.

El alma del niño, por «Beatriz Galindo», Isabel Oyarzábal. (Editorial Sanz Calleja).—En este libro se ofrecen consejos a una madre para la educación de sus hijos. El ilustre literato y académico que ha hecho el prólogo de la obra y los profesores y notables publicistas que al fin de ella la elogian cumplidamente, dicen cuanto nosotros pudiéramos escribir en alabanza de la misma.

EDITORIAL MUNDO LATINO

Apartado 502 - Madrid - Librería, Caballero de Gracia, 28

Colección de autores extranjeros

	Pesetas.
VICTORIANO DE SANSSAY, <i>La ciencia del beso</i>	3,50
RENE ENERY, <i>Santa María Magdalena</i>	4,00
MAQUIAVELO, <i>Obras festivas: La Mandrágora, El P. Alberico, La Celestina, El archidiablo Belfegor</i>	3,50
CLAUDIA LEMAITRE, <i>Juegos de damas</i>	3,50
JEAN BERTHOROY, <i>Sybaris</i> (novela).....	3,50
MAURICE MAREIL, <i>Mitilena</i> (novela).....	3,50
MARCEL DE LANGRE, <i>El crepúsculo de los viejos</i> (novela).....	3,50
CHARLES CHABAULT, <i>El triunfo de Afrodita</i> (novela).....	3,50
LUIS S. ROUQUETTE, <i>Nuestra Señora de las Voluptuosidades</i> (novela).....	4,00
ARMEN CHANIEN, <i>La danzarina de Shamaka</i> (novela).....	4,00

Pidanse catálogos. Envíos contra reembolso.

Imp. de EL IMPARCIAL. — Duque de Alba, 4.

“Anís Balmaseda” MALAGÓN (Ciudad Real)

CASA JIMENEZ

Primera en venta y alquiler de **MANTONES DE MANILA**, mantillas y trajes de frac y smoking. — CALATRAVA, 9.

PUEBLA DE ALMORADIEL (TOLEDO)
CONSTANTINO S. VILLALBA
VINOS Y CEREALES

Instituto Católico Complutense

TELÉFONO S 1.817.-VELÁZQUEZ, 40.-APARTADO 269
Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Hacienda, Judicatura, Registros y preparación militar. Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado. Magnífico internado para más de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en lo más higiénico y aristocrático de Madrid
Director: MANUEL MOIX GOMBAU
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid
Administrador: PEDRO MOIX GOMBAU
Presbítero

CARRERAS MILITARES

CURSOS ABREVIADOS. Clases especiales por ingenieros militares y capitanes de artillería e infantería. Solicite lista de profesores y de alumnos ingresados. — Fuencarral, 33; de cuatro a nueve.

TURBINAS

para cualquier salto y caudal. — Etablissements Benninger. Uzwil (Suiza). Pidense presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)
VALVERDE, 20. — MADRID

Pedid Coñac Lion d'or



Zorros Silka desde 80 pesetas. Media seda torzal irrompibles desde 6 pesetas. La casa que más barato vende estos artículos es

LA ESTRELLA
HORTALEZA, 82

LADRILLOS REFRACTARIOS TUBERIA DE GRES

Fábrica: **PACIFICO, 12**
TELÉFONO M 17-85

CALZADOS

Señoras, caballeros, niños

Muchísima variación en modelos nuevos, más barato que nadie
Les Petits Suisses
Fernando VI, 17



ESMALTE ORO “EL SOL”

para dorar cuadros, espejos y retablos. La Casa más surtida en colores

FLORENTINO PEREZ (S. en C.)
Sucesores de Díaz Herrera
HORTALEZA, 17

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

OBJETOS DE OCASION

Grandes surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y **MANTONES DE MANILA**.
SAN BERNARDO, 1.

NUOVA DROGUERIA Y PERFUMERIA

CRUZ, 37 Y 39. — TELÉFONO M 3.714
PRECIOS ECONOMICOS VERDAD
GRANDES EXISTENCIAS

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL

CALLE DE ALCALÁ
ESQUINA A BARQUILLO

LAMPARA

EGMAR



LA MAS RESISTENTE Y DE MENOR CONSUMO

Pídase en todos los establecimientos de venta de lámparas eléctricas y en la

A. E. G. Ibérica de Electricidad S. A.
MADRID } Nicolás María Rivero, 8 y 10.
Plaza de las Cortes, 2.

AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA

BÓVEDA

(Lugo)

DISCOS DOBLES "FADAS"

Todos al precio de OCHO pesetas

Los más artísticos y mejor combinados.-Aparatos con o sin bocina.-Ventas al contado.-Ventas a plazos, con precios de contado.

DISCOS
de
Raquel Meller

M. Serós

G. Flores

R. Leonís

Bailables
modernos



DISCOS
de
Salud Ruiz

Ofelia
de Aragón

G. Ortas

Óperas

Zarzuelas

Catálogos gratis y condiciones de las ventas a plazos, pidiéndolos a
FADAS -- Peligros, 14 y 16 -- MADRID

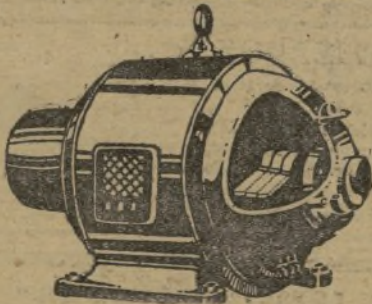
AEG

ELECTRO-MOTORES

de corriente continua y alterna trifásica

Suministro inmediato

A E G
IBÉRICA DE ELECTRICIDAD (S. A.)
MADRID: Nicolás María Rivero 8, y 10
SUCURSALES:
Madrid-Barcelona-Bilbao-Gijón
Sevilla-Valencia-Zaragoza



MANUEL LOPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES
SERRANO, 17 AYALA, 60

CALLOS

Si sufre usted de los pies
es porque quiere. Compre
hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá us-
ted libre de callos y du-
rezas, juanetes y ojos de
gallo. Pruébalo y quedará
asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

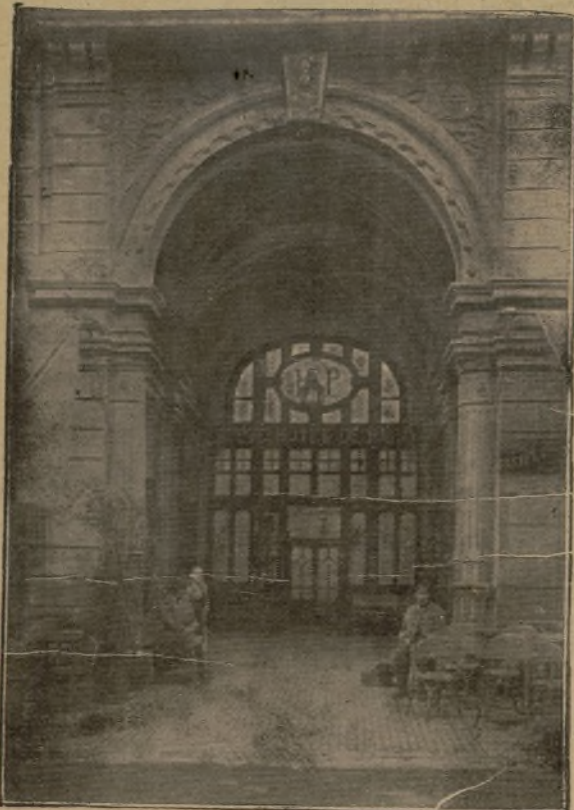
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



ALFONSO

FUENCARRAL 6 MADRID

FOTÓGRAFO
TOLEDO 63 MADRID



Entrada al Hotel de París

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.
Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.
Dormitorios de lujo inusitado.—Brasserie en el Hotel.—Orquesta en el espléndido Hall.—Salas de baño.
Teléfonos urbanos e interurbanos.—Salas de lectura.—Biblioteca.—Cocina de primer orden.—Servicio
completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. Manuel del Valle Díaz.